



PROGRAMA  
INTERUNIVERSITARIO  
de  
HISTORIA POLÍTICA

# Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa (Chile: 1990-2015)

Nelly  
**Richard**



LATENCIAS Y SOBRESALTOS DE LA MEMORIA INCONCLUSA  
(CHILE: 1990-2015)



*Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa. Chile: 1990-2015.*

Nelly RICHARD  
1a ed. - Villa María: EDUVIM, 2017.  
214 p.; 139 x 198 cm. - (POLIEDROS)  
ISBN 978-987-699-421-7

1. Dictadura. 2. Derechos Humanos.  
3. Política. I. Título.

CDD 323                      LC: F 3100 R43

©2017

Editorial Universitaria Villa María  
Chile 253 – (5900)  
Villa María, Córdoba, Argentina  
Tel.: +54 (353) 4539145  
[www.eduvim.com.ar](http://www.eduvim.com.ar)

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por eduvim incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la unvm. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

## Las confesiones de un torturador y su (abusivo) montaje periodístico

En tiempos de postdictadura, una primera responsabilidad ética consiste en oponerse a los flujos de desmemoria que, velozmente, buscan disolver las adherencias traumáticas de un pasado históricamente convulso en la superficie liviana, sin restos, de la actualidad neoliberal. Pero existe también una segunda responsabilidad crítica que nos obliga a desconfiar rigurosamente del reciclaje de mercado del *boom* industrializado de la memoria. Debemos ejercer una contra-interpretación vigilante sobre los promiscuos artefactos del recuerdo que pretenden rescatar el pasado de las víctimas pero que lo hacen corriendo el riesgo de traicionar su memoria sufriente al dejar que caiga en la trivialidad de lenguajes demasiado ordinarios, en la rudeza de voces demasiado simples.

Evoco esta responsabilidad crítica a la hora de dar cuenta del libro *Romo; confesiones de un torturador* de la periodista Nancy Guzmán (2001).<sup>1</sup> Juzgar el valor de un libro como este es una tarea difícil e incómoda. Por un lado, podríamos convenir que su publicación cumple eficazmente con uno de los propósitos que se asigna el libro: dar cuenta de parte de la verdad oculta del funcionamiento de la tortura en los centros de detención militares a través del relato detallado de uno de sus

<sup>1</sup> GUZMÁN, N., *Romo; confesiones de un torturador*, Santiago de Chile, Editorial Planeta, 2001. Nancy Guzmán es una periodista chilena que vivió el exilio en Colombia y que, a su vuelta a Chile, ha expresado su compromiso con los derechos humanos a través de varias investigaciones periodísticas orientadas a reconstruir el pasado más oscuro de la dictadura militar.

principales y más directos exponentes, Osvaldo Romo<sup>2</sup> y contribuir así, con el develamiento de lo sufrido y de lo insufrible, a mantener vivo ese recuerdo punzante cuya imagen no debe perder intensidad para que no se debilite la memoria de los abusos que tanto desean borrar las máquinas de la impunidad. La monstruosa visión de Romo que entrega este libro podría servir, con sus siniestras deformidades y malformaciones, a “poner al desnudo el horror, lo feo, lo sucio que nuestra sociedad guarda en la trastienda de su historia”<sup>3</sup>, es decir, a exhibir lo abominable para que las abominaciones del recuerdo intranquilen la falsa normalidad de una memoria de la transición demasiado confiada en su sana capacidad de reconciliación. Mirado así, quizás se justifique el Premio Planeta de Investigación Periodística que obtuvo este libro en reconocimiento a su aporte a la memoria.

Pero por otro lado, apenas nos adentramos en la confección del libro mismo para seguir de cerca el desempeño de los signos que le sirven de guion narrativo y escenográfico al relato de los horrores de la tortura, nos encontramos con funestos errores en los modos de atar las palabras, de conjugar enunciados, de superponer imágenes, de ensamblar planos y secuencias. Estas fallas y torpezas hacen que ciertas partes del libro descuiden groseramente toda cautela moral en la exhibición de un disoluto fragmento de memoria homicida que, desgraciadamente, logra salir triunfante, indemne, del trayecto editorial de esta reconstrucción malsana. Mirado desde estos descuidos e inhabilidades en la composición de una memoria que transgrede varias fronteras éticas, el otorgamiento del Premio de Investigación Periodística al libro de Guzmán resulta distraído o negligente.

<sup>2</sup> Osvaldo Romo fue agente de la Dirección Nacional (DINA) encargada de reprimir a los opositores de la dictadura militar chilena entre 1973 y 1977. Conocido como el “Guatón Romo”, fue uno de los torturadores más infames de la DINA, uno de los pocos que reconoció explícitamente sus actuaciones consistentes principalmente en torturas y abusos sexuales a mujeres detenidas.

<sup>3</sup> GUZMÁN, N., op. cit., pág. 17.

Al desmontar los ensamblajes de sentido que fabrican la historia de la entrevista de la periodista Guzmán al ex torturador Romo, surge una trama irreflexiva de fatales deslizamientos, de imperdonables caídas, de asociaciones ilícitas entre palabras e imágenes que llevan el pasado de las víctimas de la tortura a rozarse con el presente del torturador mediante una obscena re-creación de escena que borra los tiempos del ayer y del hoy en el fundido de la repetición. Este inadvertido fundido de la repetición hace fracasar aquella disociación entre pasado y presente que juega un rol tan estratégico para las víctimas, logrando que estas se separen de la vivencia traumada de la tortura y trasladen su experiencia a una escena otra, distinta, de reconfiguración de lo vivido.<sup>4</sup>

Ejercer nuestra responsabilidad crítica en relación a la memoria de las víctimas consiste en denunciar el modo en que ciertos juegos de signos, por descuido o por falta de tacto, reiteran el daño causado en las subjetividades heridas. Pese a la buena intención de querer rescatar la memoria de las víctimas para salvarla del olvido social (y no cabe duda que esta es la intención que guía la labor periodística de Guzmán), ciertas desatentas facturas del recuerdo reproducen sin quererlo una violencia de sentido que, debido a la indelicadeza de palabras fallidas, terminan complaciendo el facilismo periodístico que alimenta lo morboso.

<sup>4</sup> Coincido con el reparo ético que manifiesta el Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos respecto del libro, alegando que “cuando se provoca el resurgimiento de experiencias traumáticas sin ningún respeto ni solidaridad con las víctimas, se vuelve a producir una agresión que en cierto modo repite la violencia represiva. En ese caso, hablamos de retraumatización pues se ha vuelto a herir a las víctimas, reproduciendo el abandono y el aislamiento del comienzo”. “Confesiones de Romo: ¿locura del verdugo o locura de la sociedad?”, *Rocinante*, N.29. marzo 2001, pág., 24.

## La escena de la entrevista

El título del libro *Romo, confesiones de un torturador* comete una primera falta al disimular la condición de “entrevista” que configura su material escrito bajo el engañoso nombre de “confesiones”. La confesión “no es sólo uno de los tantos juegos de lenguaje que rige nuestro ser social sino que instauro decisivamente su legitimidad en el espacio ético de la veridicción: confesar es traer al presente una verdad oculta, una culpa que demanda una expiación y es, también, en su versión cristiana, expresar el arrepentimiento, asumiendo la promesa de un ‘nunca más’”<sup>5</sup>. Tanto el acto de confesar como el género de la confesión se encuentran ambos implícita o explícitamente tramados por la motivación de querer develar el secreto de una infracción de la conducta que, en busca de perdón, se narra bajo el signo de la autoconciencia del mal. La actitud de Romo, en el interior del libro, se burla del rigor de esta exigencia de verdad y arrepentimiento que conlleva la definición establecida del género de la confesión. En la misma contratapa del libro, se lee el siguiente fragmento sacado del texto de Romo: “*Puedes decir que yo he torturado, ya, hasta es lo mío, es una cosa buena. Pero no puedes decir que yo he sido un sinvergüenza. Lo que sí puedes decir de mí ¿cierto? es que yo cumplí una etapa, una etapa bien cumplida. Yo estoy limpio con mi conciencia, limpio con mi frente. Yo creo que lo que yo hice lo volvería a hacer*”<sup>6</sup>. Mientras que la tapa del libro y el género “confesión” que lo identifica editorialmente prometen una sincera disposición del hablante a la confesión-conversión, el fragmento de contratapa se encarga de decepcionar cínicamente las expectativas morales generadas por el anuncio de su título. Tapa y contratapa funcionan como el derecho y el revés de un juego editorial de engaño y desengaño. Mientras la tapa nos hace creer que, según la retórica de la confesión, el personaje nombrado en

<sup>5</sup> ARFUCH, L., “Confesiones, conmemoraciones” en *Punto de Vista* N. 52, Buenos Aires, Agosto 1995, pág. 9.

<sup>6</sup> GUZMÁN, op. cit. (Las cursivas son mías.)

el título va a dar la cara (desnudar una verdad oculta y decir que se arrepiente de lo cometido), la contratapa deja que el habla descarada del torturador cierre el libro con una muestra de desvergüenza que consigue ocupar impunemente el lugar de privilegio de quién, al rematar la historia publicada, detenta *la última palabra*. ¿Por qué haberle cedido el beneficio de la contratapa al morboso final de Romo que se da así el lujo de cerrar/no cerrar el relato de la tortura, manteniendo el horror vigente con esta siniestra amenaza verbal: “*Lo que yo hice lo volvería a hacer*”? Sin la capacidad enjuiciadora de una réplica terminante que le quite a Romo el indecente derecho a tener la última palabra, el libro de Guzmán deja que el personaje entrevistado le imponga a la sociedad entera el intolerable final inconcluso de una nueva amenaza pendiente. ¿Por qué haberle otorgado privilegio editorial a este desquiciado fragmento de Romo que se auto-publicita en la tapa del libro contando con la indiferencia del mercado de la memoria o, peor incluso, trabajando con la complicidad de sus resortes más escabrosos? En efecto, al mercado de la memoria le conviene tolerar ciertas deformidades criminales que atraen la curiosidad lectora cuando estas son promovidas como la manifestación exagerada de un caso aparte (por ejemplo, el de Romo) que parecería reventar en un absceso de locura individual, para ocultar con esta supuesta anormalidad la real sistematicidad de los aparatos que volvieron esta locura brutalmente eficiente.

La periodista explica así las razones que tuvo para querer entrevistar a Romo: “esperanzada con la posibilidad de encontrar a un Scilingo chileno, decidí ir donde él pensando en que tenía razones similares a las del ex oficial de la ESMA: Romo era el único detenido por violaciones a derechos humanos, estaba abandonado y sometido a juicio por cumplir órdenes”.<sup>7</sup> Dicho con esta brusquedad y sin el marco consistente de una reflexión crítica que precise la orientación investigativa de su trabajo periodístico, prevalece la sensación de que el principal

<sup>7</sup> GUZMÁN, op. cit., pág. 22.

objetivo de la periodista fue el de entrar en la competencia noticiosa para dar un golpe equiparable al sorpresivo testimonio en directo de Scilingo en la televisión argentina.

La sensación de que la periodista está sobre todo preocupada de conseguir un material cuya espectacularidad convierta el libro en suceso mediático se ve reforzada por varias frases que, en su interior, giran en torno al sensacionalismo de lo inédito: “Sería *la primera y única vez* que un torturador hablara frente a las cámaras para explicar sin el menor asomo de pudor una pequeña parte de lo que había sido el sufrimiento de las mujeres, hombres y niños que pasaron por los centros de tortura en el Chile de la dictadura”<sup>8</sup> o bien “No era posible aceptar su negativa, *perder esa oportunidad de exponer la barbarie de la tortura relatada en cámara por su máximo exponente*”.<sup>9</sup>

Éxito mediático (la entrevista televisada de Romo que, según la periodista, se hará internacionalmente pública en un futuro programa de televisión llamado “Primer impacto”) y *boom* editorial (el libro como super-venta) se confunden tácitamente en las referencias cruzadas que predestina la redacción del texto a un masivo horizonte de consumo rápido: “Si me da la entrevista, yo la puedo hacer llegar a trescientos millones de personas que corresponden al mundo de habla hispana desde Canadá hasta Tierra del Fuego”,<sup>10</sup> le dirá la periodista a Romo al mismo tiempo que ella se dirige al lector para compartir la pregunta de “¿Por qué el libro se publica sólo después de cinco años de la entrevista a Osvaldo Romo que apareció en las pantallas de la televisión norteamericana y que conmocionó al país y al continente, cuando publicado en esos momentos quizás hubiera sido un *best seller*?”.<sup>11</sup> *Romo, confesiones de un torturador* mezcla así lo público (la vitrina televisiva en la que se divulgará la entrevista) y el público (la masa de lectores cautiva

<sup>8</sup> Op. cit., pág. 182. (Las cursivas son mías.)

<sup>9</sup> Op. cit., pág. 180. (Las cursivas son mías.)

<sup>10</sup> Op. cit., pág. 42.

<sup>11</sup> Op. cit., pág. 14.

del *ranking* dominical con que el diario *El Mercurio* distingue las novedades editoriales) en un mismo acto de publicidad. Es como si la periodista confundiese lo público, el público y lo publicitario para satisfacer así el ritmo instantáneo del *flash* noticioso contraviniendo la necesidad de una demora reflexiva que ayude a desanudar atentamente la complejidad histórica del recuerdo traumatado.

Cuando fue entrevistado por Guzmán, Romo estaba escribiendo su libro de memorias: “Yo estoy escribiendo mi libro. Estoy escribiendo porque en mi libro están todas las cosas que yo vi, realicé, hice durante mis años”.<sup>12</sup> Romo, nos dice la periodista, habría aceptado darle a ella la entrevista tentado por su oferta de que la publicidad televisiva de su testimonio desde la cárcel fuera a estimular la venta masiva de su futuro libro (“Si a un diez por ciento de esos telespectadores le interesa tu historia, ya tiene treinta millones de libros vendidos”).<sup>13</sup> Aunque la periodista justifica el recurso de tentarlo editorialmente como una astucia profesional destinada a vencer la eventual negativa de Romo a ser entrevistado, predomina el artificio de seducción de la popularidad noticiosa como primer acuerdo entre quien persigue una “entrevista única”<sup>14</sup> y quien le dice, durante el transcurso de la conversación, “Te vai a hacer famosa con mi entrevista”.<sup>15</sup> Esta primera cadena de *publicitación-publicidad-publicación* que une a la entrevistadora y al entrevistado en torno al deseo de circulación de la palabra como moneda de cambio y seducción, los sujeta a ambos –al ex torturador y a la periodista– al valor exhibitivo de la memoria que deviene mercancía comunicacional al ganarse el éxito de lo masivo. ¿Qué mejor que la publicación de esta entrevista disfrazada de confesión y publicada como memoria (siendo la confesión y la memoria géneros que se mueven en torno al deseo de inscrip-

<sup>12</sup> Op. cit., pág. 218.

<sup>13</sup> Op. cit., pág. 42.

<sup>14</sup> Op. cit., pág. 41.

<sup>15</sup> Op. cit., pág. 15.

ción del nombre propio del autor-personaje en una tapa editorial) para complacer a alguien como Romo cuyo “constante exhibicionismo” hacía que “todos los detenidos lo identificaran con claridad porque le gustaba presentarse ante ellos para que lo vieran y *supieran su nombre*”?<sup>16</sup>

El libro de Guzmán reconstruye el itinerario de preparación de la entrevista televisiva con Romo luego transmitida el 18 de mayo de 1995 por la cadena norteamericana *Univisión*, relatando las varias sesiones previas de grabación que transcurrieron durante semanas en la Penitenciaría de Santiago. El libro intercala también, entre capítulo y capítulo, materiales de investigación asociados a casos de violación de los derechos humanos que afectaron a personas cuyo nombre aparece mencionado en el relato de Romo. Periodísticamente hablando, Guzmán podría haber satisfecho su propósito de revelar toda la horrible verdad sobre “los secretos de la tortura que Chile y el mundo deben conocer” recurriendo a la entrevista de Romo para obtener y comunicar información periodística, pero sin que la presentación final de los datos recolectados diera necesariamente cuenta de la mecánica usada en la preparación editorial del libro. Existen múltiples técnicas de escrituración y montaje de un material de entrevista grabada que permiten que lo transcrito cumpla con la finalidad de poner una verdad oculta al alcance público, garantizando técnicamente su veracidad, sin que el dispositivo mismo de la entrevista se haga notoriamente visible como parte del libro resultante de la entrevista. El libro de Guzmán opta por describir todas las fases de la entrevista con Romo tal como ocurrieron en los hechos como una forma deliberada de recrear y mostrar la situación que compartieron *en vivo y en directo* el entrevistado con su entrevistadora.

Lo sabemos, la entrevista es un género conversacional cuyo formato dialógico implica la existencia de un “tú” y un “yo” que se reconocen mutuamente y se aprueban en sus respec-

<sup>16</sup> Op. cit., pág. 31. (Las cursivas son mías.)

tivos papeles de interrogador e interrogado. Al reescenificar los distintos momentos de la entrevista, el libro confirma la existencia de este acuerdo previamente concertado entre quien pregunta y quien responde. Pese a la violencia de lo que la periodista escucha durante lo que ella llama “las largas sesiones de tortura verbal con Romo”, nada obstruye el curso de su diálogo con el torturador que sigue su camino hasta el final de la entrevista sin mayores incidentes ni accidentes de transcurso. Ningún bache emocional, ningún sobresalto en el controlado manejo del intercambio entre preguntas y respuestas, ningún trastocamiento de la voz, ningún exabrupto rompe la fluidez conversacional del diálogo que no se ve interrumpido por trabas ni bloqueos. La sostenida ilación del diálogo y la inalterabilidad del tono de la periodista nos hacen creer que ningún desencaje perjudicó el pacto de entendimiento inicialmente asumido para fines comunicativos bajo el género “entrevista”. Y quizás sea este dudoso vínculo de complicidad entre dos hablantes que alternan fluidamente sus señas interlocutorias lo que tuvo que disimular la palabra “confesiones”, sustituyendo en la tapa a la palabra “entrevista”, para evitar así cualquier sospecha en torno a la mediación-colaboración implicada en la entrega periodística de una verdad inducida y conducida bajo las orquestadas reglas de un acuerdo de voces entre una periodista y un ex torturador.

El formato dialógico de una entrevista no sólo supone un pacto de reconocimiento entre interlocutores sino, también, una cierta validación comunicativa de las identidades de los hablantes ya que el mecanismo del diálogo pone en situación de horizontalidad a las dos personas que participan de su “cara a cara”. Entrevistar a Romo significa de algún modo validarlo como interlocutor (por mucho que el recurso de la entrevista haya sido pensado como una trampa destinada a engañarlo para obtener información útil) y esta validación conlleva el riesgo de dignificar lo indigno, de ascender lo inhumano al rango de lo humano, sobre todo si nada en el discurso de la en-

trevistadora es capaz de evidenciar que esta simetría entre dos hablantes armada por el mecanismo de la entrevista le haya significado a la entrevistadora sufrir la violencia de un forzamiento explícito. A lo largo del libro, asistimos incluso a la vigorización del habla del torturador que va adquiriendo cada vez más potencia (“Hace sentir más fuerte su voz, más impactante cada una de sus palabras”<sup>17</sup>), sin que se haga notar la reacción enérgica de una contraparte periodística firmemente decidida a rebajar su amenazante protagonismo verbal.<sup>18</sup>

Cuando la periodista le da la réplica a Romo, lo hace en un tono tan discreto y mesurado (“¿No cree que a pesar de lo que usted dice, que andaban armados, que tenían entrenamiento militar o intentaban atentar contra el gobierno militar, esas personas tenían derecho a juicio?”<sup>19</sup>) que, retóricamente hablando, tenemos la impresión de asistir a una conversación que admite el desacuerdo entre dos perspectivas de juicio que, aunque se planteen como contrarias, poseen ambas por igual el derecho común a ser convincentemente defendidas. El tono medido de las tímidas réplicas de la periodista a Romo crea la idea de que ambos interlocutores comparten un mismo repertorio de significaciones (por ejemplo, “derechos humanos”) a partir del cual hacen valer, razonablemente, sus divergencias y antagonismos de puntos de vista. Lo que borra la entrevista es

<sup>17</sup> Op. cit., pág. 25.

<sup>18</sup> Así lo interpreta el Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos: “En la forma de reportaje prolongado del libro, el personaje entrevistado parece ir creciendo y va como opacando gradualmente a la periodista, debiendo los lectores soportar los pavoneos y amenazas de un matón. A ratos es como si el torturador mismo se posesionara del libro y lo usara en parte para sus propios fines... La entrevistadora lo confronta escasamente... Ella más bien parece orientar, estimular, provocar suavemente al temible personaje para que éste siga hablando y con su locuacidad se delate... Presentar al ex torturador en la forma más viva fue la opción tomada. Es como presentar un incendio, mostrando una llama. Cumple su objetivo pero hay algún riesgo de volverse a quemar.” “Confesiones de Romo: ¿locura del verdugo o locura de la sociedad”, *Revista del Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos* N°29, Marzo 2001, Santiago, pág. 24

<sup>19</sup> GUZMÁN, op. cit., pág. 144.

la violencia del escándalo que debería nacer de la confrontación verbal y ética entre una voz y otra, el descalce furioso de la indignación: el abismo de inconmensurabilidad que debería separar el habla de la periodista y el habla del torturador como dos hablas que, al formularse desde bordes de conciencia moralmente opuestos, no pueden recurrir a ninguna lógica de la sensatez para tratar de encontrarse en alguna zona intermedia de argumentación y persuasión. Se echa fuertemente de menos la seña de algo infranqueable en la distancia que separa preguntas y respuestas: algo furiosamente irreconciliable que testimonie de un abuso moral y verbal (el cometido por Romo) frente al cual la periodista debería mostrarse rigurosamente incapaz de fingir tolerancia.

Es curioso que cuando la periodista se asoma al tema de la “verdad” (“Usted tiene que responder con la verdad. Decir lo que sabe en forma clara”<sup>20</sup>), es decir, cuando le pide a Romo que aclare la turbia realidad de la práctica de la tortura, ella cometa el lapsus de desviar la frase hacia una cuestión idiomática pensando en su público televisivo latinoamericano: “Tiene que decir lo que sabe en forma clara para que lo entiendan personas que hablan el castellano de manera distinta”.<sup>21</sup> La periodista reduce el problema del “decir la verdad” a una modulación del idioma buscando que la repugnante versión de Romo sea ampliamente comprensible por todos, sin fallas de pronunciación, como si se tratara de facilitar la comprensión de esta horrorosa versión que, pese a lo inaceptable de sus contenidos moralmente chocantes, debe volverse traducible a la lengua de todos integrándose a la normalidad comunicativa del sentido de todos los días.

<sup>20</sup> Op. cit., pág. 175.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

## La escena de la tortura

La entrevista parte con el tono neutro de la investigación periodística que sólo trata de averiguar datos: “¿Cómo fue que llegó a la DINA?”<sup>22</sup> Pero el relato de la entrevista se va llenando gradualmente de marcas de confianza hasta alcanzar el guiño de familiaridad del “Oye, Romo... Háblame de tu conciencia”.<sup>23</sup> La supresión de la distancia –profesional– que señala el paso del “usted” al “tú” parecería correlacionarse con las buenas disposiciones que muestra Romo hacia la entrevistadora: “Su agresividad se convierte en una conversación amable que busca conseguir mi interés en lo que dice”;<sup>24</sup> “Puedes usar mi radio para grabar si quieres –dijo, solícito”;<sup>25</sup> “Tú tenís paciencia y escuchas lo que digo”;<sup>26</sup> “En todo caso, tú me decís si está bien o no lo que digo”.<sup>27</sup>

Si bien la entrevista comienza con la neutralidad del tono periodístico que sólo pregunta sin comentar siguiendo el registro objetivo de la información, pequeños mecanismos subjetivantes llevan el yo de la entrevistadora a tomar posesión del lugar, primeramente gramatical, que le asigna su entrevistado, al hacerle ver que su relato le estaría destinado privilegiadamente a ella. A la pregunta de Romo: “¿Qué quieres que te cuente?”<sup>28</sup> ella responde: “¿Por qué no *me* cuenta qué pasó con Ud. en la DINA?”<sup>29</sup> Los dos pronombres personales, en diálogo combinado, se funden en un *close up* que parecería dejar fuera de escena al público que se encuentra así en la posición de un tercero excluido: la de un *voyeur* que oye intrusamente el relato de una narración semi-prohibida.

<sup>22</sup> Op. cit., pág. 65.

<sup>23</sup> Op. cit., pág. 107.

<sup>24</sup> Op. cit., pág. 41.

<sup>25</sup> Op. cit., pág. 65.

<sup>26</sup> Op. cit., pág., 174.

<sup>27</sup> Op. cit., pág. 181.

<sup>28</sup> Op. cit., pág. 65. (Las cursivas son mías.)

<sup>29</sup> Op. cit., pág. 67. (Las cursivas son mías.)

La motivación periodística de la entrevista con Romo suponía traspasar el umbral de lo privado hacia lo público para llevar la verdad que oculta el torturador desde dentro hacia fuera: desde lo introspectivo del secreto hacia su divulgación periodística. Sin embargo, el juego de pronombres que se reparten entre un “tú” y un “yo” la familiaridad del cuento de la memoria hace que predomine en el libro el diseño privado de un *entre-nos*. El recuadro de este *entre-nos* se verbaliza con la primera impudicia de titular “*Comienza la velada*” el capítulo final de la entrevista. La segunda impudicia consiste en no reparar en el oblicuo significado del título, “*En confianza*”, que nombra el segmento del programa televisivo en el que se transmitirá la entrevista de Guzmán a Romo. Esta imprudente cadena asociativa de términos que van connotando familiaridad e intimidad (una cadena de señales que el texto es incapaz de decodificar) rodea la entrevista de señales ambiguas y permisivas que celebran las deambulaciones entre lo privado y lo público como si fueron parte de un logro editorial. Lo impropio de cómo el texto reúne a la entrevistadora con el entrevistado en el marco intimista de los títulos “*Comienza la velada*” y “*En confianza*” termina consagrando una mala junta y, por inadvertencia crítica, involucrando al lector en un verdadero *abuso de confianza*.

El libro de Guzmán se suma, en Chile, a un abundante conjunto de producciones documentales, testimoniales y periodísticas a cargo de víctimas que denunciaron la violencia padecida con una palabra a duras penas rescatada del desastre físico y psíquico de la tortura. Sin embargo, el libro *Romo, confesiones de un torturador* no recoge ninguna huella pública –ya publicada– de los testimonios entregados por las víctimas de Romo. No hace ninguna mención explícita a esta suma de vivencias anteriormente testimoniadas por voces que sí mostraron tener la capacidad expresiva para narrar identidades catastróficas. Por un lado, el libro *Romo, confesiones de un torturador* tiende a desconsiderar los escritos de quienes ya reinsertaron su

palabra victimizada en el campo de conflictos de la memoria social en Chile para luchar por el recuerdo desde la dignidad de las víctimas. Y, por otro, el libro convierte en propaganda el efecto-de-verdad supuestamente consignado en el monstruoso relato de quien ejecutó la violencia: “*Y lo más increíble es que esos sufrimientos son narrados por su propio verdugo*”.<sup>30</sup> Al decir que “esta entrevista a Osvaldo Romo Mena es un documento dirigido a la memoria de un país”,<sup>31</sup> la periodista parece depositar en el relato de Romo una fuerza de la verdad de la tortura demostrativamente superior que la que caracterizaría a las narraciones des-armadas de sus víctimas. Guzmán da lugar así a que el recuerdo viviente de la tortura pase a escribirse en la clave memorística del torturador, en lugar de que sean los relatos desgarrados de sus víctimas los encargados de aportar a la reconstrucción del pasado. Pero el libro no solo semi-ausenta la voz pública de las víctimas que ya testimoniaron y le asigna al recuerdo del victimario la misión de suplir la falta de memoria del país respecto de la tortura. También le da licencia a la periodista para montar dentro del libro una *representación* de las víctimas, en el sentido tanto político como teatral de la palabra: por un lado, tomando la representación de las víctimas por una vía de delegación/sustitución de su voz (ella habla en nombre y lugar de “los que no pueden narrar sus dolores”<sup>32</sup>) y, por otro, adoptando ella misma la figura de la víctima en un montaje ficcional que le ofrece a Romo.

Dijimos que el primer pacto que se organiza entre la entrevistadora y el entrevistado gira en torno al valor de la palabra como moneda de intercambio entre ambos. Existe una analogía entre la entrevista periodística y los interrogatorios policiales según la cual ambas situaciones consisten en “hacer hablar”, con la obvia diferencia de que el interrogatorio bajo tortura somete el cuerpo que guarda el secreto a métodos de violen-

<sup>30</sup> Op. cit. pág. 17. (Las cursivas son mías.)

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> Op. cit., pág., 17.

cia criminal. En la entrevista y en el interrogatorio, se trata de arrancarle palabras al silencio del otro para convertirlas en información valiosa. La analogía entre la entrevista periodística y el interrogatorio policial se encuentra inconscientemente reforzada, en el libro, por las similitudes formales que existen entre los lugares donde ambas situaciones ocurren: una celda que, tanto en el presente de la entrevista (la Penitenciaría de Santiago) como en el pasado de Romo (los centros de detención y tortura), es caracterizada por el mismo “olor a encierro, orines y sudor de cuerpos mal aseados”.<sup>33</sup> Cuando la periodista entra a la celda para realizar la primera conversación con el ex torturador, ella anota: “Romo acercó una silla, me pidió sentarme junto a la mesa, él se instaló en el otro lado y quedamos frente a frente”.<sup>34</sup> Queda así escenográficamente recreada la escena del interrogatorio que precede a la tortura (sin que el libro autoreflexione sobre esta cita no meditada de un mismo escenario) mediante la similitud del “hacer hablar” que coloca a dos sujetos frente a frente para una sesión de preguntas situada en ambos casos en el interior de un recinto carcelario.

El yo de la entrevistadora se va haciendo cada vez más presente en la escena de la entrevista en la medida en que ella, primero, desvía el relato hacia su persona gramatical (“Cuénteme cómo se torturaba en la DINA?”<sup>35</sup>) y, luego, captura la atención de Romo durante la grabación televisiva (“Cuando le estemos haciendo la entrevista no mire la cámara... Mire para acá. *Míreme a mí...* porque estamos conversando”<sup>36</sup>). Esta sostenida incorporación del yo de la periodista a la escena de la entrevista con el torturador culmina en una aberrante modelización que lleva Guzmán a ocupar como cuerpo el de la torturada. Quizás sea éste el momento más abusivo del libro, aquel momento que lleva la periodista a usurpar, figuradamente, el lugar

<sup>33</sup> Op. cit., pág. 65.

<sup>34</sup> *Ibidem*.

<sup>35</sup> Op. cit., pág. 165. (Las cursivas son mías.)

<sup>36</sup> Op. cit., pág. 182. (Las cursivas son mías.)

real de la víctima, ofreciéndole al degenerado imaginario de Romo la imagen que más le complace: la de una víctima sexual.

Guzmán se vuelve persona y personaje de un teatro de la memoria que va cobrando vida en la entrevista, jugando con el realismo-irrealismo de una suposición: “Digamos que yo tengo una hermana, que se llama María. Y mi hermana desapareció. ¿Qué debería hacer yo primero para buscar ese cadáver, para buscar a María?”<sup>37</sup> De la evocación del rol prestado de familiar de detenida-desaparecida que ella usa como subterfugio para obtener información sobre los secuestros, la periodista se desplaza al papel de la torturada al preguntarle directamente a Romo: “¿*Cuál sería el método más eficaz para torturarme a mí, por ejemplo?*”<sup>38</sup> Este desplazamiento de roles inventados entre persona y personaje que se introduce en el relato acerca cada vez más peligrosamente la entrevistadora a la imagen corporizada de una víctima mujer, es decir, a la imagen del tipo de víctimas que seducían la imaginación de quien era especialmente conocido porque su especialidad “eran las detenidas que llegaban a las casas de torturas, ellas sufrían el sadismo de este hombre de físico voluminoso y respirar jadeante. A los dolores corporales de las torturas se sumaban sus perversas obsesiones sexuales”.<sup>39</sup>

El libro nos anticipó en sus primeras páginas que, al personaje de Romo, “las cámaras lo excitaban, de la misma manera que los recuerdos turbios”.<sup>40</sup> El libro se despliega a sí mismo como la historia de los preparativos de una entrevista filmada para la televisión donde Romo deberá hacer memoria frente a las cámaras y recordar los métodos de la tortura. El libro nos dice que, durante esta entrevista grabada de más de cuatro horas en la que Romo, al recordar, “ríe y se soba las manos”,<sup>41</sup> “su

<sup>37</sup> Op. cit., pág. 208.

<sup>38</sup> Op. cit., pág. 223. (Las cursivas son mías.)

<sup>39</sup> Op. cit., pág. 29.

<sup>40</sup> Op. cit., pág. 24.

<sup>41</sup> Op. cit., pág. 221.

cuerpo expelía ese hedor parecido al amoníaco que da la orina descompuesta”<sup>42</sup> y que “las interrupciones de la grabación eran causadas por el propio entrevistado que acudía al baño una y otra vez”<sup>43</sup>. El imaginario sádico de Romo, excitado por la cámara y por los recuerdos, encuentra en la sugerencia de la periodista (“¿Cuál sería el método más eficaz para torturarme a mí, por ejemplo?”) una modelización de la víctima que toma cuerpo para ilustrar su perversa fantasmagoría. Enfrentado a la pregunta de la periodista (hecha en el tiempo presente de la escena en vivo) de “¿Cómo me voy a morir?”<sup>44</sup> Romo revive su pasado de torturador alcanzando el clímax sexual de una tensión cuerpo-palabra cuyo simulacro performativo reedita físicamente la operatoria de la tortura y del abuso sexual.

El relato de la entrevista termina cuando se apagan “luces y sonido”, con este inmundito final en boca de Romo: “Llega un momento en que (la víctima) no aguanta. Llega un momento en que la persona... se hace de too, se hace de too. Con eso te digo too, se hace de too”<sup>45</sup>. Estas son las últimas líneas de la entrevista que hacen reventar al libro en la visión del cuerpo de una torturada des-haciéndose mientras que el relato del torturador, sobreexcitado por la imagen de este vaciamiento corporal, llega al paroxismo sádico y gozoso de una verbalidad colmada por la visión de los restos de una carne de mujer.

Sabemos que la tensión cuerpo-palabra actúa dramáticamente en la vivencia misma de la tortura y en su reelaboración subjetiva. La fuerza mortificadora del ataque contra la voluntad con la que la tortura pulveriza a sus víctimas se ocupa, primero, de romper destructivamente toda conexión entre el cuerpo maltratado –convertido en una pura sustancia doliente– y el molde expresivo de la palabra susceptible de articular y pronunciar significaciones. La elaboración postraumática del

<sup>42</sup> Op. cit., pág. 22.

<sup>43</sup> Op. cit., pág. 227.

<sup>44</sup> *Ibidem*.

<sup>45</sup> Op. cit., pág. 225.

dolor necesita que la víctima logre formular imágenes y representaciones que doten de inteligibilidad a los restos del quiebre corporal y anímico, y es el recurso a la palabra (tal como ocurre, por ejemplo, en la voz del testimonio de las víctimas) el que permite trasladar la brutalidad de lo vivido a un plano donde la experiencia se vuelve descifrable e reinterpretable a través de nuevas constelaciones de sentido.

De ser así, resulta doblemente preocupante el hecho de que el libro concluya con este reviente femenino del cuerpo abyecto de la torturada que regresa, al final de la entrevista, a su dimensión arcaica (de flujos y desbordes orgánicos: de orina, sangre y excrementos), mientras que el relato del torturador ejerce la palabra, ocupa el lugar victorioso del que *goza* de la palabra, del que puede usar y abusar de las palabras en el desenfreno de un relato paroxístico. La memoria de la tortura, simbolizada como muda por el cuerpo inarticulado de la torturada que estalla en el caos de lo indiscernible (“se hace de too”), se ve condenada por la viciosa elocuencia de Romo a mantenerse en la privación de toda capacidad sanadora de decir y nombrar.

Terminar el libro con la imagen femenina de una corporalidad desestructurada y con el reviente sexual de sus materias sucias, es volver a castigar la memoria de las víctimas que todavía recuerdan los extremos de la pérdida del ser. Este final de la entrevista que concluye el libro ubica a la representación figurada de la víctima en un borde de abyección que excita la fantasía del torturador y su locuacidad, mientras les quita a las víctimas reales todo derecho a réplica en el escenario montado editorialmente por el libro. El cuerpo de la torturada se vacía (“se hace de too”) mientras el relato satisfecho del torturador agradecido llena ese vacío consumiendo su fantasía sexual con la entrega periodística de una falsa confesión (“te lo digo too”). Desastroso final cuyo lapsus sexual revela la falta de vigilancia del libro en el manejo textual de un relato del horror que hubiera debido sopesar, minuciosamente, la carga de las palabras y de sus trabazones narrativas, porque de ellas (del extremo

cuidado en cómo juntarlas) depende que la cruda exhibición de lo recordado no viole las fronteras de protección moral de la memoria de las víctimas.

*Romo, confesiones de un torturador* nos obliga a preguntarnos si los detalles del horror, aunque sirvan para completar la verdad de lo sucedido, deben ser completamente mostrables en sus más prosaicos detalles sabiendo que la sobreactuación de lo horroroso tiende a complacer el voyeurismo de la mirada. No ceder al efectismo del desnudamiento del recuerdo es un modo de frenar la voracidad del mercado que se traga el horror en vivo y en directo con deleite consumista. Es necesario preservar ciertas sombras de irrepresentabilidad o de impre-sentabilidad del recuerdo que molesten la imagen –dispuesta, expuesta– con la que juegan las memorias *al desnudo* para que el recuerdo del horror no pierda su valor de negatividad refractante en medio de tanto sensacionalismo periodístico de la verdad en bruto. De lo que se trata es de evitar categóricamente que la memoria digna de las víctimas y el relato indigno del victimario vayan a sentirse alguna vez en “en confianza” en un formato compartido.